

Discursos pronunciados el 24 de abril de 1963 en la
ceremonia académica con motivo del otorgamiento del
título de Doctor Honoris Causa al Excmo. Sr. Joao
Goulart, Presidente de los EE. UU. del Brasil

DISCURSO DEL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE
DON JUAN GOMEZ MILLAS

Señores:

Preparados están nuestros espíritus para recibir en esta fiesta al invitado de honor, al cuarto Doctor Honoris Causa de la Universidad de Chile desde su fundación hace 120 años, a vos señor Joao Goulart, Presidente de los Estados Unidos del Brasil. Os abrimos nuestras puertas académicas y también nuestros corazones, porque habéis defendido con talento y coraje la libertad de diálogo en el mundo y con ello habéis hecho un supremo bien a la humanidad en este continente y habéis asegurado con otros dignos gobernantes de la América Latina la paz y el respeto a nuestras resoluciones nacionales. Os ofrecemos la Cátedra de la Universidad de Chile para que desde esta alta tribuna habléis, como guía que sois de una gran nación, al pueblo latinoamericano, le enviéis un mensaje de aliento, orientación y esfuerzo. Millones de seres buscan la luz en medio de los azares, las amenazas y las esperanzas del agitado mundo contemporáneo. Hoy más que nunca necesitamos de experimentados y talentosos conductores para recorrer los nuevos caminos que se abren y cruzar los procelosos mares.

Buscamos gobernantes que al mismo tiempo sean misioneros, no sólo administradores, sino y, en el más alto sentido, educadores del pueblo; el gobernar lo habéis practicado como una tarea que abre nuevas rutas al destino humano, que señala los trabajos que debemos realizar para alcanzar metas más altas que las actuales, que coordina voluntades para ejecutar grandes acciones, que inspira con el ejemplo y la palabra, que persuade a jóvenes y ancianos que los logros de la humanidad han sido

siempre una cosecha proporcional al esfuerzo y cuidado que se puso en la siembra.

Gozáis del gran privilegio de ser el conductor y gobernante de la gran nación brasilera; allí habéis acrecentado vuestra sabiduría y experiencia; decidnos aquí, en medio de vuestros amigos, qué es lo que debemos hacer para que la América Latina sea auténtica, libre, próspera y potente.

Igual que el viajero que llega de otras tierras y al atardecer es recibido por sus amigos y tras descansar breves momentos, narra sus andanzas, cuenta sus alegrías, recuerda sus dolores y sus angustias y hace las reflexiones que le dio la experiencia de la vida y al final, todos, como en la escena antigua, recogidos, meditamos y revivimos en nosotros toda la sabiduría que nos da el amigo y, en cierto modo, nos purificamos y queremos ser mejores y luchar por nobles causas y no tememos a las mudanzas de las cosas, ni a las veleidades de la fortuna y nos decidimos a la acción, así también ahora, al recibir de nosotros el Doctorado Honoris Causa, contadnos cómo podríamos adquirir más fe y más ánimo para luchar en la gran empresa histórica latinoamericana.

Usad esta tribuna; desde ella han hablado a todo el continente grandes personalidades; todo lo que puede interesar a la inteligencia humana preocupa a la Universidad; desde nuestras cátedras mantenemos el diálogo cordial y comprensivo con hombres de todos los regímenes políticos, económicos o sociales, con diferentes concepciones filosóficas o religiosas. Nos esforzamos por descubrir lo que une a los hombres más que lo que los separa, porque creemos en la unidad del género humano y en la dignidad de cada una de sus grandes realizaciones culturales y políticas y pensamos que todos los pueblos de la tierra se encuentran a la misma distancia de Dios.

No creemos que el mundo esté dividido entre buenos y malos; pero sí, al contemplar lo que ocurre en este continente, que la América Latina está sumida en una profunda crisis social, en la que la violencia, la miseria y la incomunicación, afectan sus más profundas raíces. Miremos la democracia no como un complicado sistema de fórmulas que se aplican periódicamente, sino como un conjunto de valores que hay que mantener en vigencia en cada día y a cada hora y que para esta actitud los más responsables son los que ocupan altas dignidades, en virtud del poder que se les confió o del saber que adquirieron. Siglo y medio con melifluas palabras hemos exaltado la fraternidad americana, evitemos que a la hora de la prueba la verdad nos denuncie desnudos ante el mundo. Siglo y medio hemos alabado las excelencias de la democracia

y los valores de la civilización occidental, los legados de Israel, Grecia, Roma y el cristianismo.

¿Cuál es la vigencia real que hemos dado a esos valores?, nos preguntan decenas de millones de analfabetos y miserables que deambulan por las tierras de América, solitarios, abandonados, para quienes el mundo es ancho y ajeno. He ahí el desafío. ¿Cuál será nuestra respuesta? Desde las profundidades de las selvas tropicales de la América Central y el Yucatán, desde los palacios y templos abrazados por el bosque nos llega el eco de una respuesta aterradora: aquí yacemos víctimas del abandono y el olvido.

Construyamos más fábricas e industrialicemos la agricultura; pero impidamos que las industrias esclavicen a los obreros y a los consumidores, multipliquemos las escuelas; pero impidamos que el automatismo de la industrialización convierta a los seres humanos en tornillos y palancas. Informemos la mente del ciudadano para la función política; pero impidamos que las ideologías triturén la conciencia humana y creyendo construir al ciudadano, destruyan al hombre y malversen el tesoro de sus valores. Y, tomados de la mano como los caminantes, cruzan los torrentes, mantengámonos firmes y unidos, auxiliándonos los unos a los otros, sin jamás romper el diálogo que hace posible al ser humano.

Y ahora, señor, ocupad esta tribuna en la calidad de Doctor Honoris Causa de la Universidad de Chile.

DISCURSO DEL PRESIDENTE GOULART

Excelentísimo señor Rector de la Universidad de Chile,
Egregio Consejo Universitario,

Señoras, señores:

El grado universitario que hoy se me otorga, es el más honroso que podría concederse a un ciudadano. Lo acepto como una expresión de aprecio de la Universidad chilena por la Universidad brasileña, y como un símbolo de los ideales comunes de los hombres de pensamiento de nuestros países.

América Latina comenzó definitivamente el proceso de su integración en la civilización industrial moderna.

No hay guía más alta de este proceso que la Universidad. Para dominar el saber humano en su más alta concepción, la Universidad de nuestro tiempo se constituye en el órgano más calificado de investiga-

ción y estudio, a disposición de cualquier país. Ningún desarrollo de las ciencias y de las técnicas, con las que los Estados deben afrontar los complejos problemas de organización y de progreso de las sociedades, pueden desconocer el concurso de estos centros de investigación y cultura. Mucho menos pueden desconocerlo las naciones que, aún cuando habiendo conquistado su independencia política, se encuentran bajo la sujeción de técnicas que están más avanzadas que sus procesos productivos. Además, es importante que la elaboración de las ciencias y de sus métodos de aplicación se incluyan entre las actividades nacionales de primer orden para las tareas fundamentales del desarrollo, pues de lo contrario se correrá el riesgo de dejar escapar de nuestras manos la libertad de escoger los caminos y oportunidades, y hasta la, dirección del propio destino.

En este orden de ideas, la primera obligación de la Universidad es con los padrones internacionales de las ciencias —que no admiten deformación, pues el saber es patrimonio de la humanidad entera. La segunda obligación de la Universidad es servir al pueblo sirviendo al desarrollo nacional. La Universidad no puede limitarse al cultivo de las tradiciones. No puede ser un cuerpo de honrados guardianes del saber consolidado, una especie de museo de la cultura.

Ella tendrá que vivir, en la problemática de sus aulas y de sus centros de investigaciones, los problemas de su tiempo, los problemas de la sociedad, de cuyas actividades debe participar de manera activa y lúcida.

Es indispensable que la juventud encuentre en la Universidad un ambiente que la una tanto al saber como al país de cuyas vidas participa. Vivir la realidad de su tiempo y mantener la fidelidad a los ideales de progreso y de cultura, son condiciones para que la Universidad desempeñe su papel constructivo y reformador, para que la Universidad se constituya en órgano de las aspiraciones nacionales.

Del Brasil y de toda la América Latina de nuestros días puede decirse que jamás progresamos tanto como en el último decenio. Nunca se construyeron tantas escuelas, tantas fábricas modernas comenzaron a producir. Aún más, como una señal más elocuente de que maduramos hacia el pleno desarrollo, es necesario decir que nunca estuvimos tan conscientes de nuestro atraso social y económico en contraste con nuestras extraordinarias potencialidades.

Esta madurez para encarar y medir el atraso, y esta disconformidad con la ignorancia y la pobreza, constituyen, ciertamente, los requisitos esenciales para nivelar los problemas con que se enfrentan nuestros países.

Pero esos problemas no podrían ser encaminados ni resueltos si la Universidad no tuviese capacidad para proporcionar estos cuadros necesarios a las exigencias del desarrollo.

Pensando de modo especial en América Latina, diré que, sin duda, la Universidad, exactamente por el hecho de ser un centro del saber, será al mismo tiempo una trinchera en la lucha contra el atraso.

En países como los nuestros, naturalmente sometidos a un proceso de transformación inherente al propio desarrollo, la Universidad está llamada a desempeñar un papel de importancia capital en la lucha por extender a cada ciudadano los beneficios de la civilización.

Quiero felicitar a los profesores universitarios de Chile, por la labor que, en las cátedras, en los laboratorios, en el campo y en la ciudad, realizan diariamente, enriqueciendo vuestro patrimonio científico y cultural, que es parte significativa del patrimonio científico y cultural del mundo moderno.

No hay misión más alta y más noble que enseñar e investigar, que descubrir los conceptos y los medios a través de los cuales, dominando las fuerzas de la naturaleza, el hombre se convierte en señor de ellas y las coloca al servicio de sus intereses y de sus ideales.

Formulo los más ardientes votos por la prosperidad de la Universidad chilena. Saludo a sus maestros, cuyas responsabilidades avalúo en el conjunto de vuestra vida nacional. Saludo a los excelentísimos señores rectores que aquí honran con su presencia esta solemnidad que tanto me conmueve y de la que guardaré el más grato recuerdo.

No podría terminar sin dirigir una palabra de saludo a los universitarios chilenos, a la juventud generosa de vuestro país que, con tanta gallardía empuña en sus manos la bandera del progreso, para convertirse mañana en la élite del trabajo de vuestro gran país. Es a la sombra de esa bandera que la juventud chilena libraré un gran combate a favor de toda América, para que su contribución a la paz, a la ciencia y a la justicia social, reafirme ante el nuevo mundo que ella está llamada a conquistar su valentía, su intrepidez y su idealismo.

